

se levantó sin decir una palabra, envolvióse en los anchos pliegues de su niveo velo, y cruzando leve y sin ruido como una sombra los corredores del castillo, bajó á la capilla donde le aguardaban al pié del altar el sacerdote y el duque. Martin era uno de los testigos.

Subió Leonor lentamente pero sin titubear las gradas que debian conducirla al sitio que la reclamaba. Al hallarse frente del duque se inclinó y preguntó con una voz debil cual si exhalara un suspiro:

— Y Sancho?

— Libre, — contestó el duque volviéndose hácia Martin como para mayor seguridad de la condesa.

— Y ausente, — añadió Martin, dejando errar por sus labios una sonrisa de hiel que la condesa no vió.

Leonor dejó caer el velo de sus párpados sobre sus ojos y alargando la mano como hubiera podido hacerlo una estatua de piedra, la depositó, fria y helada como la de una estatua tambien, en la del duque que se estremeció á su contacto.

Pocos minutos despues la sagrada ceremonia habia concluido.

Los espectadores habian creído asistir á un entierro.

VI.

LA VOZ DEL SUBTERRANEO.

POBRE condesa Leonor!... Habia nacido para ser libre, para ser feliz, para brillar deslumbradora y envidiada, hermosa entre las hermosas y reina en las fiestas y torneos. Pero, ay! cuan otra fué desde aquel dia su existencia

Encerrada en el viejo castillo de sus padres como en un sepulcro, enlazada á un hombre de hierro como su armadura, á quien apenas veía y que nunca tenia para ella ni una palabra de consuelo ni una sonrisa de amor, la jóven empezó á languidecer como una flor que se marchita falta de aire y de sol, como el ruiseñor que se muere en una jaula falto de espacio en que tender libremente sus juguetonas alas.

Pobre condesa Leonor! Despidieron á todas sus antiguas sirvientas, á todos los que siempre la habian rodeado, y ya solo vió junto á ella rostros estraños y severos que la miraban con burlona compasion, criados que la servian con indiferencia y desprecio. Seguian en esto la conducta del duque que era de hielo ante ella y que, oponiendo un aspecto siempre glacial á la belleza pálida y suave de la jóven, la miraba con el mismo desden que al último de sus servidores.

La infeliz joven pasaba la vida entre humillaciones continuas, y sin embargo nunca se la vió exhalar un suspiro, balbucear una queja, derramar una lágrima. Dotada, como ya sabemos, de una enerjía de carácter verdaderamente varonil, de una firmeza de carácter extraordinaria, todo lo sufría en silencio, con esa pasmosa y sublime resignacion que convierte á una mujer en una mártir.

Triste, sola, aislada, veía deslizarse los dias monótonos y frios, sin variacion alguna, sin emociones de ninguna clase que pudieran prestar alivio á su pecho dolorosamente acongojado, á su alma cruelmente herida: inclinada siempre sobre los bordados de tapicería á que se entregaba y que le proporcionaban algunos momentos de grata distraccion, permanecia sola en su estancia sin ver entrar apenas á nadie, sin hablar con persona humana. Mejor que la condesa de Benavente, era la prisionera del castillo.

Algunas veces, á la caída de la tarde, se aproximaba á una de las ventanas de su habitacion que daba al jardin, y entonces le sucedia soltar descuidada la tapicería que bordaba y, levantando la cabeza, pasear su mirada distraida por la rica y espléndida verdura del jardin que dejaba llegar hasta ella sus perfumes y aromas. La jóven condesa aspiraba la odorifera fragancia que despedian las plantas con aquella especie de febril entusiasmo que sienten por las flores, las naturalezas escesivamente nerviosas y mientras su mirada recorria los grupos peregrinos, los cuadros esmaltados, acacia-le clavarla muy á menudo en una torre solitaria y medio destruida que se alzaba gigantesca al extremo del parque dominando las bóvedas de follaje. Era la torre en que habia vivido el paje Sancho.

Entonces sentia Leonor como el golpe de una maza de armas en mitad del corazon y un estremecimiento nervioso recorria todo su cuerpo. Cerraba entristecida los ojos para no recordar, y como sucede siempre en estos casos, cuanto mas pronto queria olvidar, mas pronto y mas minuciosamente recordaba. Veia pasar, grata y dulce vision, por delante de sus ojos, la imájen querida del paje con su lánguida mirada, su frente pálida, su sedosa cabellera, sus labios entreabiertos para murmurar palabras de amor y de ternura, sentíase transportada á otro tiempo cuando, las manos en las manos, los ojos en los ojos, gozaban los dos amantes á través de la reja momentos de inefable delicia, y en aquellos instantes, pasajeros como un rayo de sol en un horizonte nebuloso, Leonor sentia esplayarse momentáneamente su corazon al lejano rayo de un sol de amor, como aquellas flores y aquellos árboles que se agitaban en el jardin se sentian dulcemente acariciados por el último rayo del sol del dia.

Una tarde, al abrir sus ojos despues de una de esas tan plácidas como raras expansiones que se permitia la condesa en su dolor, vió esta delante de sí, en pié, y clavando en ella la mirada de un sátiro, á Martin, el hombre de confianza, el brazo y acaso tambien el alma del duque de Arévalo. Estremecióse como tenia por costumbre siempre que aquel hombre se presentaba á su vista, cosa que sucedia muy á menudo, pues Martin, cual si se hubiera convertido en fiscal de las acciones de la condesa, entraba á todas horas en su habitacion bajo cualquier pretexto y sin hacerse anunciar. Leonor, que sentia un invencible desprecio hácia este hombre, no le dirijia nunca la palabra, y contestaba lacónicamente á las preguntas y observaciones que osadamente le hacia. Una vez sola la jóven, rebelándose contra aquella especie de espionaje, habia severamente reprendido á Martin, pero no tardara en ver entrar en su estancia al mismo duque furioso contra su esposa por las espresiones que esta habia dirijido al que llamaba su mayordomo y amigo. Leonor desde entonces bajaba ó volvia la cabeza en silencio cada vez que se le presentaba Martin, y esto fué precisamente lo que hizo la tarde de que hablamos.

Inclinándose sobre su bordado, como si no hubiese visto á la persona que en frente de ella estaba, la condesa se puso tranquilamente á continuar su tarea.

Una fugitiva chispa de cólera iluminó los ojos de Martin ante aquella señalada muestra de desprecio.

—Señora,—dijo el mayordomo y se detuvo.

La jóven hizo como que no hubiese oido.

—Señora,—repitió Martin,—mi noble amo el duque de Arévalo ha observado que bajais á rezar casi diariamente á la capilla y os previene que de hoy en adelante tendreis que suspenderlo.

Leonor alzó sus ojos que clavó osados y escudriñadores en el mayordomo.

—Que suspenderlo? dijo con una voz dulce y ligeramente conmovida.—Se prohíbe tambien á la hija ir á orar al pié de los altares por el descanso eterno de sus padres?

—Señora...—balbuceó Martin turbado ante aquella mirada.

—Con qué, no bastan,—prosiguió la condesa,—las humillaciones que se me hacen sufrir, los insultos y desprecios á que se me espone, sino que hasta se me niega mi último consuelo, el de la religion, el del rezo?... Pues bien, decidle al duque que deseo hablarle. Quiero oir de su boca esta prohibicion.

—El duque está de caza y no volverá hasta mañana.

—Siempre la misma respuesta cuando yo deseo verle! siempre ausente del castillo!

—A mas que, señora, permitidme deciroslo, os alterais sin motivo. El objeto del duque era solo advertiros que se han de hacer muchas reparaciones indispensables en la capilla, y suplicaros que suspendierais bajar á ella interin se efectuan éstos trabajos. Por otra parte, si tanta necesidad sentís de orar en ella, podeis bajar á hora en que no se trabaje, de noche por ejemplo. Aquí nadie se opone á vuestra voluntad, todos os obedecen respetuosos y yo el primero.

Y despues de haber dicho estas palabras con un tono que revelaba el mas cruel sarcasmo, Martin saludó y partió.

Aquella misma noche la condesa, que por nada en el mundo hubiera dejado de ir á rezar en la capilla situada junto al panteon donde descansaban las cenizas de sus padres y abuelos, fué como tenia diariamente de costumbre á cumplir el religioso deber que se habia impuesto. Martin no la habia engañado. Las reparaciones comenzadas en el viejo santuario de los condes de Benavente, hacian que la nave se viese obstruida por andamios, escaleras y maderos por entre todo lo cual tuvo Leonor que atravesar para llegar al sitio donde ordinariamente doblaba la rodilla y donde cada dia, buscando en el rezo un alivio á sus penas, pedia á la religion la necesaria fortaleza para continuar soportando con serenidad y valor sus sufrimientos.

Desde entonces prosiguió la condesa bajando todas las noches á la capilla, y esta hora de consuelo y de paz en que se entregaba con expansion á todas

las dulzuras que guarda la fé para un corazon herido, era esperada todo el dia con impaciencia por aquella pobre alma que no hacia otra cosa que sufrir y callar, que resignarse y morir.

Una noche estaba orando no por ella, no por sus padres, sino por otra persona que jamás se habia atrevido á nombrar en el fondo de sus pensamientos, pero á la cual su vírgen y puro corazon no podia menos de dedicar un rezo. Por Sancho. Creíale ausente de su patria, guerreando en distantes tierras léjos para siempre de su país natal, y por esto la pobre castellana que tanto le habia querido, la pobre muger que tanto le habia amado, consagrábale de vez en cuando un recuerdo envuelto en la virginal vestidura de la oracion, y pedia tiernamente á Dios victorias para su brazo, laureles para su frente, honra y prez para su nombre!

La noche de que hacemos mencion, Leonor estaba triste, triste como un dia sin sol, como un corazon sin amor, y cuando hubo concluido su amorosa plegaria, cuando hubo demandado al cielo con todo el fervor de un alma cristiana amparo y proteccion para su antiguo paje, inclinó su frente pensativa y cargada de recuerdos hasta apoyarla en el mármol del altar, como una flor que por la mañana se doblega entristecida al paso de las gotas de rocío.

Acababa apenas de sentir refrescada su ardorosa frente por el frio contacto del mármol, cuando le pareció que todo el pavimento se estremecía con aquella especie de oscilacion que, cual si fuese animada, parece comunicar á una bóveda una sola voz dada en el vacío. Permaneció inmóvil la condesa, y no tardó en adquirir de ello una certeza, llegando hasta distinguir el ligero murmullo lejano y continuo de una voz que se prolongaba como si entonara un canto.

Leonor sintió helarse su corazon á aquel eco profundo y subterráneo que llegaba misterioso hasta ella como una voz del otro mundo.

Movida por la curiosidad, deseosa de cerciorarse, aplicó su oido, no ya al mármol, sino á la hueca tabla del altar, y un grito se escapó de sus labios. Allí la voz subterránea se oia clara, perfecta, distinta, contribuyendo á ello el silencio de la noche y la calma profunda que reinaba en la capilla y en torno de ella. Cuando su oido se hubo acostumbrado, no solo fué ya el murmullo de la voz lo que oyó, sino las palabras una por una, sílaba por sílaba, letra por letra.

Era una trova y así decian las estrofas que pudo distinguir:

Cuando el crepúsculo muestra
su triste y morena frente,

en los pliegues del ambiente,
del ambiente virginal,
van las gotas de rocío,
como lágrimas de amores,
á posar sobre las flores,
sus burbujas de cristal.

Qué le piden misteriosos
que le piden á la flor?

Ay! amor.

Ay! sí, sí, tan solo amor!

Al lucir de rica aurora,
la ruborosa mañana
rasga su velo de grana
entre olas de oro y zafir.

La flor entonces en el prado
se agita balanceadora,
y empieza acariciadora
su tierno caliz á abrir.

En su lenguaje, qué pide?

qué es lo que pide la flor?

Ay! amor.

Ay! sí, sí, tan solo amor!

Revolotea hechizera

la púdica mariposa
en torno á la flor hermosa
que ven los prados nacer,
y revuelve y torna y gira,
y en su corola aromada
se quisiera enamorada
lánguidamente mecer.

Qué busca la mariposa?

qué es lo que busca en la flor?

Ay! amor.

Ay! sí, sí, tan solo amor!

Todo es vida, todo amores;
solo el cautivo angustiado
se arranca desesperado
pedazos del corazon,
y al aire arroja sus quejas,
y al eco sus trovas lanza,
y oscurecen su esperanza

las sombras de su prision.

Qué crimen le ha condenado,

ay! á morir de dolor!....

El amor,
el amor!.. solo el amor!

Qué voz era aquella que iba á turbar á la condesa en su religiosa meditacion?... qué voz venida no sabia de donde respondia como un eco á su mas íntimo pensamiento?... qué voz misteriosa, en fin, era la que hacia vibrar una cuerda simpática y por largo tiempo dormida de su corazon, recordándole como en sueños una voz amada?

Una sospecha vaga como el rayo, un recelo asesino como la duda penetró en el alma de Leonor. Sin embargo lo desechó como quien arroja de sí un mal pensamiento.

— No puede ser!.... no puede ser! — dijo.

Y, convencida de que habia cesado la voz, dió algunos pasos para retirarse. En aquel momento el rumor de unas fuertes pisadas sonó fuera de la capilla. Alguien se acercaba.

Leonor, sobrecojida y asustada, obedeciendo al primer impulso del corazon que suele ser siempre el mejor porque es siempre el mas sano y el mas puro, Leonor, decimos, se precipitó tras de un altar.

Un secreto instinto le decia que iba allí á pasar algo que la interesaba.

Los pasos fueron acercándose monótonos, firmes y pausados. Abrióse la puerta de la capilla, rechinando sobre sus goznes, y un hombre apareció que fué conocido de Leonor como uno de los servidores del duque.

En efecto, era Bocanegra.

Atravesó con una lámpara en la mano la nave en toda su estension, llegó al pié del altar donde habia estado poco antes de rodillas la condesa, y paseó su mirada sombría y siniestra por todas partes como tratando de asegurarse que estaba solo.

— Dios mio! se dijo Leonor, qué viene á hacer aquí ese hombre?

Luego que Bocanegra creyó estar seguro de que nadie le acechaba, subió las gradas del altar, y á la luz de la lámpara que ante este pendia y á la luz misma que llevaba en mano el recién llegado, vióle la condesa inclinarse, pasar la mano por las molduras que ribeteaban los extremos del zócalo, apretar un secreto, y, descorriéndose la tabla del altar, abrir un ancho boquete

á los ojos atónitos de la jóven que estuvo á punto de venderse lanzando un grito.

Bocanegra se introdujo sin vacilar por aquella abertura, llevándose la lámpara y una cesta en la que no habia reparado hasta entonces Leonor. Así que hubo desaparecido, volvió la tabla á cerrarse.

— Qué es eso? Dios mio! qué es eso? — se dijo la jóven cayendo de rodillas tras de su protector altar, sobrecojida de terror y de sorpresa. — Ese hombre es hechura del malvado Martin..... Dónde se dirige? Á dónde guia esa entrada misteriosa? Seria que.....

Leonor no se atrevió á continuar, pero, punzante y desconsoladora, la mas negra sospecha penetró en su alma. Resolvió no salir de la capilla sin haber averiguado aquel misterio.

Al cabo de algunos instantes de angustia y de zozobra, tornó á correrse la tabla inferior del altar y, descubierta la abertura, salió Bocanegra sin la cesta, volvió á cerrar, atravesó la capilla con paso lento, y desapareció, persuadido de que nadie habia visto su maniobra.

Quando hubo dejado de oirse el rumor de sus pasos, corrió Leonor al altar y, palpitante el corazon, empezó á tantear con trémula mano todas las molduras de la tabla. Allí debia estar el secreto, perdido entre el follaje toscamente labrado. Estuvo largo rato buscándole sin poder dar con él. Sus dedos tropezaron por fin con una hoja mas abultada que las otras y en medio con un botoncito de madera. Tiró de este boton y corrióse la tabla.

La abertura, de la cual se escapó una bocanada de aire espeso y húmedo como un vapor, ofreció á la vista de la jóven un subterráneo con una escalera que se perdia en sus profundidades.

Descolgó la condesa la lámpara que alumbraba el altar y parte de la capilla, y resuelta, firme, varonil, se introdujo por el camino que Dios ó la casualidad le deparaban y empezó á bajar los escalones.

— Dios mio! qué voy á saber? — se decia.

Á medida que iba bajando, le parecia oír como un ruido sordo y continuo cual el de un minero que trabaja en las entrañas de la tierra. Este ruido fué haciéndose cada vez mas claro y distinto. Entretanto, habia la condesa acabado de bajar y cruzaba una galería subterránea. De pronto, en el momento en que iba á doblar la esquina del camino que seguia, un estrépito fuerte como un desplome retumbó por bajo las bóvedas y una corriente de aire fresco y puro fué á azotar el rostro de Leonor. El estrépito fué seguido de un grito ahogado de satisfaccion.